

# Un proyecto para España. Propuestas de vida en común<sup>\*</sup>

Juan Manuel Burgos

En primer lugar, quería señalar que es un gran honor para mí haber sido invitado por Societat Civil Catalana, a través de su Presidente, Fernando Sánchez Costa, a hablar justamente sobre España. Muchos españoles, en los años pasados hemos seguido con cariño y admiración el esfuerzo realizado por SCC para promover la causa de España en Cataluña, especialmente a través de las dos grandes manifestaciones que tuvieron un impacto mediático y social tan relevante. Y quiero aprovechar esta tribuna para agradecer ese esforzado trabajo. Pero si bien la defensa es necesaria y, en ocasiones, imprescindible, no se puede vivir solo de la defensa. Es necesario el proyecto, el futuro, porque la mera defensa cansa, y, a la larga, puede resultar poco atractiva frente a alternativas con mayor capacidad de iniciativa y creatividad.

Por eso, en esta conferencia voy a hablar de futuro y de proyecto, una perspectiva que queda plasmada en el título que, como muchos ustedes habrán advertido, deconstruye y reconstruye la conocida “definición” orteguiana de nación: “sugestivo proyecto de vida en común”. Es una definición brillante, aunque no perfecta, como toda definición. Y, en este caso, su carencia es la falta de referencia al pasado. Toda nación tiene una historia, responsable de su configuración identitaria peculiar y exclusiva. Y, en el caso particular de España, poseemos una historia grandiosa, una de las más relevantes del mundo. Pero la historia, y aquí es donde aparece el elemento genial de la definición orteguiana, no basta. La nación es una estructura viva y, si quiere perpetuarse, debe poseer un proyecto de futuro. “Repudiamos, dice Ortega, toda interpretación estática de la convivencia nacional y sepamos entenderla dinámicamente. No viven juntas las gentes sin más ni más y porque sí; esa cohesión a priori solo existe en la familia. Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos de grandes utilidades. No conviven por estar juntos, sino para hacer algo juntos”<sup>1</sup>. Por eso, si faltan proyectos nuevos para afrontar los retos presentes, la nación comenzará a extinguirse muy lentamente en el caso de que posea una historia milenaria, pero de forma ineluctable.

Por eso son acertadas las críticas a la concepción esencialista de la nación<sup>2</sup>. España no es una esencia eterna e inmutable, porque tal esencia no existe. Como tampoco existe la esencia italiana o francesa. Pero, siendo esto cierto, tampoco es acertado abalanzarse al lado opuesto, y asumir que España es un mero contrato rousseauiano, que se puede definir según los intereses de cada momento. España es ahora la suma de lo que los españoles han hecho a lo largo de nuestra historia, ya muy larga, y cuyo resultado es una identidad peculiar y única, la del español, que algunos, como García Morente<sup>3</sup> o Ganivet<sup>4</sup> han intentado, con mayor o menor éxito, describir.

---

<sup>\*</sup> Conferencia dada en Barcelona, el 17 de septiembre de 2019.

<sup>1</sup> José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (ed. de F. J. Martín), Biblioteca Nueva, Madrid (2002), p. 150.

<sup>2</sup> Cfr. Ciriaco Morón, “*El alma de España*”. *Cien años de inseguridad*, Ediciones Nobel, Oviedo 2013.

<sup>3</sup> Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*, Homologens, Madrid 2008.

Una identidad rica y precisa, pero no inmutable. Hoy no tenemos el mismo concepto del honor que en el siglo XVI, pero hablamos la misma lengua y, quizás, nos importa el honor y la verdad más que a otros pueblos. Y, al contrario, una identidad no inmutable, pero precisa, pues ser español no es ser francés ni alemán ni italiano.

El futuro de España, por tanto, será lo que los españoles de hoy y de mañana quieran, y de lo que se esfuercen por lograrlo. Y algunos, entre los que me hallo, queremos que sea una realidad fuerte y poderosa que continúe su camino en medio de los hombres, las razas y los pueblos. Y no solo porque España es nuestra patria, es decir, la tierra de nuestros padres, que ya sería una razón más que suficiente, sino porque España es uno de los grandes países que ha marcado la historia del mundo con su lengua, su cultura y su religión. Si España desapareciera o se debilitara, el mundo se tornaría más pobre.

Dicho esto, debemos dar un paso atrás y comenzar por los problemas. Los proyectos de futuro solo pueden ser válidos si se construyen sobre el conocimiento del presente. De otro modo, solo son utopías bienintencionadas pero irrealizables, es decir, probablemente, distopías. Y España tiene problemas, lo que —conviene subrayarlo— resulta perfectamente normal. No existen países sin problemas, y el nuestro también los tiene. Lo que no significa, claro, que España *sea* un problema. Esta frase no es más que un tópico barato que se da de bruces con la realidad, aunque pueda contar a su favor con los problemas de autocomprensión y de autoestima a los que me referiré más adelante. Y también con el lloriqueo esencialista de una parte de nuestros intelectuales que, por alguna extraña razón, han insistido en este supuesto problematismo intrínseco de nuestro país. Esta actitud comenzó con la generación del 98, Ortega comenzó ya a separarse ya de ella y, Julián Marías, dando un paso más, fue capaz finalmente de construir un relato realista, y equilibrado superador de ese problematismo injustificado en *España inteligible*, un libro que, a mi juicio, todos deberíamos leer<sup>5</sup>.

Hecha esta importante aclaración, es tiempo de volver a nuestro punto de partida: España tiene problemas y son importantes. Voy enumerar los que me parecen más relevantes en el ámbito identitario, que es el tema de esta conferencia. Sobre ellos y a partir de ellos propondremos los proyectos.

## **I. Los problemas identitarios de España**

### **1. Autoestima**

El primer problema con el que España se enfrenta es un complejo y profundo problema de autoestima que constituye, sin duda, una de las principales fuentes de nuestros males. He analizado esta cuestión en el libro que estamos presentando, *España vista por sus intelectuales*<sup>6</sup> y remito a ese texto para quien esté interesado en un análisis más detallado. Aquí apuntaré solo algunas ideas principales, comenzando por indicar,

---

<sup>4</sup> Angel Ganivet, *Idearium español. El porvenir de España*, Colección Austral, Espasa-Calpe. Madrid 1962.

<sup>5</sup> Un análisis de las diferencias y coincidencias entre ambos pensadores en Nieves Gómez, *De la España invertebrada a la España inteligible*, en Juan Manuel Burgos (ed.), *España vista por sus intelectuales*, Palabra, Madrid 2015, pp. 197-223.

<sup>6</sup> Juan Manuel Burgos, *La autoestima de los españoles. Una reflexión a partir de Julián Marías*, en Juan Manuel Burgos (ed.), *España vista por sus intelectuales*, Palabra, Madrid 2015, pp. 197-223.

como advirtió muy agudamente Julián Marías, que, aunque pueda parecer sorprendente, no se trata de un problema vital, sino *interpretativo*, teórico. No depende de nuestra vivencia de España, sino en lo *que pensamos sobre ella*, fenómenos que deberían correr parejos pero que, en realidad, discurren disparejos. “La raíz principal de nuestros males recientes, apunta contundentemente Marías, consiste en un error intelectual”<sup>7</sup>. Sucede, en efecto, que la *vivencia* del español acerca de su tierra es muy buena y, por eso, el afán por salir al exterior, excepto para hacer turismo, es escaso. El español se encuentra en España como en ninguna parte, y solo abandona el país establemente por motivos excepcionales, como sucedió en la última gran crisis en la que, por primera vez en muchos años, hubo una emigración significativa y, a diferencia de la de los años 50 y 60, de profesional cualificado. Pero, incluso en estos casos, buena parte de los emigrantes aunque hayan conseguido posiciones profesionales prestigiosas están deseando volver a España. Y muchos, de hecho, vuelven.

Ahora bien, si de la vivencia pasamos a la *teoría*, a la interpretación, entonces, por un extraño sortilegio, todo se tuerce. Y del disfrute de la vivencia de lo español, pasamos a la crítica generalizada, negativa, corrosiva, es decir, poco inteligente e injustificada. Un ejemplo reciente. Los periódicos acaban de informar que, de acuerdo con los últimos datos proporcionados por el programa Erasmus, que se refieren al año 2017, España continúa ocupando la primera posición, con 48.595 estudiantes que han elegido nuestro país, frente al segundo puesto de Alemania, con 34.397 estudiantes. ¿Cuál ha sido la reacción de parte de las redes sociales? El modo acomplejado, negativo y corrosivo. Los estudiantes europeos vendrían a España por la cerveza y las fiestas, no por la calidad de las universidades. Pero, ¿tiene esta respuesta un mínimo de sentido? ¿No es, por decirlo francamente, un poco estúpida? ¿No sucederá que tamaño número de estudiantes venga a nuestro país, en primer lugar, porque resulta que el español es una de las primeras lenguas del mundo, y vivir un año en España es una de las mejores maneras de aprender esta lengua? ¿No sucederá también que España es un país con una enorme riqueza, cultural y, por supuesto, festiva y, además, como sus universidades, aunque no están entre las mejores del mundo son bastante buenas, todo ello genera un cóctel altamente atractivo?

Es solo un botón de muestra, suficiente para reflejar ese enraizado problema, peculiar de España, que genera una poderosa debilidad identitaria: la dificultad para enorgullecerse de lo español de modo inteligente, es decir, sin bravuconerías, pero sin complejos. Asumiendo los límites que nuestro país, como cualquier otro, tiene, pero disfrutando con alegría y orgullo de los logros. Y este, sin duda, es uno de ellos: la elección de España como primer destino de los estudiantes Erasmus. Y es que sucede que el español, a veces, solo sabe enorgullecerse de algo, cuando todo es completamente perfecto, cuando ningún elemento negativo puede vislumbrarse. Pero, claro, eso casi nunca sucede. Ni en España ni en ninguna parte.

## 2. La izquierda (post) franquista

Un segundo factor de debilidad identitaria en España lo debemos a la izquierda española (post) franquista. Esta afirmación no pretende ser polémica ni provocadora sino descriptora de la realidad, único modo de poder superar los problemas que nos

---

<sup>7</sup> Julián Marías, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid 1985, p. 61.

acucian. La izquierda no parece haber podido o haber querido superar la época franquista y manifiesta una alergia constante a todos los símbolos de lo español diseñados en la Transición. Solo muy recientemente, y por la fuerte presión del independentismo, ha empezado a usar tímidamente y con mucho recato algunos de ellos, como la bandera de España, pero, en general, con un cierto terror, como si pudieran quedar fulminados desde lo alto por un rayo de algún padre de la izquierda. Pero esta animadversión acontece solo en España y solo en la izquierda (post) franquista. La izquierda republicana vivía su patriotismo con emoción. Y nadie mejor que Miguel Hernández para confirmarlo, como su prodigioso poema *Vientos del pueblo*, canto sublime a una España integral y completa. Pero la izquierda (post) franquista ha traicionado esa dirección, y raras veces ha apostado por un patriotismo decidido y no vergonzante, sino que, por el contrario, ha tendido a promover una diversidad disolvente. Recordemos, porque nuestra memoria es flaca, que todo el proceso independentista fue generado por Rodríguez Zapatero cuando tuvo la brillante idea de reformar los Estatutos de las Comunidades sin que hubiera ninguna demanda social al respecto. El resultado, lo tenemos a la vista.

Insisto en que no pretendo hacer una conferencia partidista, pero considero imprescindible establecer con verdad las posibles razones de nuestros problemas para alcanzar las soluciones. Y este, sin duda, es una de ellos. Un ejemplo más, en la misma dirección. No recuerdo haber visto ninguna manifestación convocada por la izquierda (sea de tinte sindicalista, feminista o de otro estilo) en la que se enarbolan con orgullo los símbolos españoles como la bandera o el himno. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué, a diferencia de cualquier movimiento socialista o de izquierda en otros países, no se quieren usar los símbolos nacionales? En verdad, no lo sé, pero sí sé cuál es el resultado: la división y la falta de unidad. Los símbolos que sirven para unir, desunen, porque se convierten -la izquierda los convierte al no usarlos- en símbolos de parte. Y, por tanto, ya no se puede disfrutar de ellos como lo que son, como símbolos comunes de la patria a la que se ama. Y la identidad, lógicamente, sale perjudicada.

### 3. Las cuentas con la Historia

También tenemos problemas con la historia. Problemas importantes que, para no alargarme en esta parte negativa de mi conferencia, podríamos sintetizar en la omnipresencia de la Leyenda Negra, tan bien analizada recientemente por Elvira Roca<sup>8</sup>. La historia de España, como la de cualquier país, está llena de luces y sombras. Las luces, en nuestro caso, son impresionante y magníficas, pero, el complejo mecanismo que alienta esta Leyenda minimiza los logros y aumenta los desastres, fracasos y desgracias, reales o presuntos. Y, de nuevo, la identidad sale golpeada porque lo peculiar de esta Leyenda es que los españoles hemos acabado por interiorizarla y, en consecuencia, por mirar con temor y temblor nuestra historia, generando un meaculpismo que se avergüenza de los éxitos y, quizás como modo de redención, se regodea en los fracasos. Y así nos acordamos mucho más de Trafalgar que de Lepanto (Pérez Reverte, por ejemplo, ha novelado la primera, pero no la última); y hacemos *remakes* de los últimos de Filipinas, pero no de su descubrimiento.

---

<sup>8</sup> Cfr. María Elvira Roca, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español*, Siruela, Madrid 2017 (14. ed.)

También podemos apuntar que la asimilación razonable y razonada de la historia de España se dificulta porque gran parte de ella consista en una defensa y promoción decidida del catolicismo. Y como hoy puesto parte importante de la sociedad y de los intelectuales no son católicos, les resulta muy difícil hacer las cuentas con las grandes gestas españolas en las que esa dimensión fue esencial.

#### **4. El independentismo y su ataque a la nación española**

En cuarto lugar, situaría al independentismo y su ataque a la nación española, que tiene varias vertientes. La primera consiste en el intento de ruptura de una unidad milenaria o, por lo menos, policentenaria; una actitud que, a la mayor parte de los españoles nos resulta incomprensible, innecesaria e injustificada pero que, en cualquier caso, genera un problema identitario. Esos españoles viven ese proceso como si parte del propio cuerpo pretendiera separarse de la matriz originaria lo que resulta doloroso e ininteligible. Por eso, los sucesos que acontecieron en torno al 1 de octubre tuvieron un carácter dramático para muchos de nosotros, que no podíamos dar crédito a nuestros ojos. Pero, además, la actitud independentista provoca otros impactos que pueden no ser suficientemente valorados. El independentismo pretende romper algo vivo y unido. Y, como posee una cierta conciencia de esa unidad, recurre a diversos procedimientos para diluir la culpabilidad por sus malas acciones, al menos políticas. El primero consiste en negar la existencia de España. España, en realidad, no existiría. Es, en verdad, únicamente un Estado, el estado español o, a lo sumo, una nación de naciones. Por eso, la independencia de Cataluña no quiebra nada, puesto que no hay ninguna unidad que quebrar. El segundo camino consiste en desacreditar a España convirtiéndola en un espantajo sede de todos los males posibles. España es retrasada, ignorante, ladrona, ineficiente. Por tanto, la independencia no solo es legítima sino un imperativo moral que justifica todos (o casi todos) los medios para alcanzarla.

#### **5. El localismo y la debilitación de la Patria**

El ataque independentista tendría mucha menos eficacia si se confrontara con una identidad española fuerte y asentada. Pero, lamentablemente, esto no ocurre, especialmente en el plano teórico y autoconsciente. Por eso, el independentismo está generando un proceso de imitación que varía desde un localismo cutre hasta tendencias explícitamente independentistas -aunque débiles- en otras partes de España (como Valencia o Mallorca). España posee una tendencia innata al particularismo que, según Ortega, consiste en “que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte y, en consecuencia, deja de compartir los sentimientos de los demás”<sup>9</sup>. Y estas tendencias son alimentadas por los independentistas. La diversidad de España es una gran riqueza, pero también una fuente de debilidad. Cada rincón de nuestro país puede apelar a un patrimonio histórico que muchas naciones envidiarían. Pero si se apela a esa riqueza no como parte, sino como todo, entonces se cae en el localismo, en el particularismo, en la preocupación obsesiva por el pueblo, por el lugar de nacimiento, y, previsiblemente, también en el ridículo. ¿Por qué es grande Asturias? ¿Por ser un maravilloso terreno

---

<sup>9</sup> José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (ed. de F. J. Martín), Biblioteca Nueva, Madrid (2002), p. 130.

diminuto con un gracioso dialecto o por ser la cuna de la nación española y, por tanto, de una lengua que hablan cientos de millones de personas?

## **II. Proyectos de vida en común**

Hasta aquí algunos de nuestros problemas identitarios. Son problemas de peso, pero no son dramáticos o irresolubles. Y, de hecho, España sigue adelante, sorteándolos de mejor o de peor manera, “haciendo camino al andar”. Sería muy bueno, sin embargo, cambiar este paso, quizás algo cansino y errático, y generar de nuevo un proyecto común y esperanzado como el que nos unió e impulsó durante la Transición. España y los españoles querían -queríamos- convertirnos en un país moderno y democrático sin recurrir para ello a ningún tipo de violencia. Nos lo propusimos y lo conseguimos, gracias a la colaboración de la inmensa mayoría de la sociedad española, comenzando por el Antiguo Régimen, que tuvo a bien suicidarse pacíficamente, y a las nuevas generaciones que dejaron de lado sus pretensiones de revancha o de cómoda continuidad, según los casos, para redactar la mejor Constitución de la Historia de España, piedra fundacional de uno de los mejores periodos de nuestra historia. ¿Podemos repetir ese proyecto? ¿Podemos ilusionarnos con un nuevo proyecto de España y para España por el que estemos dispuestos a sacrificarnos hasta la extenuación impulsados por el deseo de transmitir a nuestros hijos una Patria mejor de la que recibimos?

Voy a apuntar, a continuación, en la parte constructiva de mi conferencia, algunas sugerencias o vía de construcción de ese nuevo camino común que debe generar ilusión y esperanza.

### **1. Sanar la autoestima: el difícil camino de la moderación**

Un punto que se antoja central en el camino de construcción de una nueva España, moderna y atractiva, pasa por la sanación de la autoestima. Si nuestra peculiar autocrítica destructiva sigue activa resulta muy difícil converger y promover una visión atractiva de nuestro país, pues esta choca siempre con un espejo deformado que nos devuelve una imagen distorsionada. Sucede como con la anorexia, si la chica o el chico se sigue viendo obeso nunca comenzará a comer y la delgadez aumentará. Es pues, muy importante sanar la autoestima, pulir y aplanar el espejo para que muestre lo que existe realmente, sea bueno o malo. Y, en nuestro caso, no hay peligro porque lo bueno supera con creces, como acaba de recordar, en una sugerente entrevista, Marc Gasol: “Tenemos mucha suerte de vivir donde vivimos y de tener la variedad de culturas que tenemos en España. Una riqueza de todos los tipos: histórica, gastronómica, artística, deportiva... España es un país magnífico para vivir”.

Primer punto, pues, sanar la autoestima. Una sanación que requiere orgullo y, al mismo tiempo, moderación. España es un país del que hay que sentirse orgulloso. Pero ese orgullo hay que mantenerlo en todo momento, en el éxito y en el fracaso, sea este aparente o real, pues parte de la crisis de autoestima en España está asociada a unas expectativas desahoradas que no pueden cumplirse. Parece que, en nuestro inconsciente colectivo, sigue presente que, una vez, fuimos los primeros del mundo. Y, por ello, nuestras aspiraciones no se satisfacen con premios menores. Solo aspiramos a lo

máximo. Si lo conseguimos, exultamos. Pero, si ese no es el caso, que será lo normal, entonces la autocritica se desborda, corrosiva y deletérea. O ganamos el mundial de baloncesto o fracasamos. O somos el primer país del mundo o nos avergonzamos. Es muy bueno compararse con los países que están por encima de nosotros, siempre que sea para crecer, no para generar desilusión y desencanto. Orgullo y moderación, por tanto, al tiempo y de la mano. Y, de este modo, nuestra autoestima irá sanando poco a poco, nuestra convivencia será más alegre, disfrutaremos más de nuestros logros y no nos abrumaremos con nuestros fracasos.

## **2. El arrepentimiento patriótico de la izquierda y el compromiso cultural de la derecha**

La generación de un nuevo proyecto común pasa también, a mi juicio, por lo que podríamos llamar un arrepentimiento patriótico de la izquierda, que supere, de una vez por todas, sus complejos franquistas o su utilización del franquismo. Nada de ello beneficia a España. El día que las manifestaciones sindicales, las reuniones de militantes del PSOE o de Unidas Podemos o las portadas de El País exhiban con orgullo la bandera de España y no la anticonstitucional bandera republicana, significará que algo profundo en el inconsciente (o consciente) colectivo de la izquierda española está cambiando. Y ese día será muy importante para España porque significará que el proyecto colectivo de una casa común, sea cual sea la orientación política, dispondrá de un futuro acogedor y fructífero. La exhibición de la bandera republicana genera división y debilita la identidad. No quiero decir con esto que no sea lícito asumir un proyecto político republicano aunque no pienso que pueda, hoy en día, aportar ventajas significativas a nuestro país. Pero, para quien así lo estima, la bandera de España, la única bandera de España, puede y debe acoger ese proyecto. No podemos crear una bandera para cada variante política puesto que, de este modo, el símbolo común desaparece en manos de nuestra siempre latente tendencia a la anarquía y al localismo. Cada uno con su bandera. Pero, cambiar de bandera, como hemos visto en Cataluña, es un acto profundo que implica una ruptura radical. Quien quiera ser republicano en España, que lo sea, pero que no cambie la bandera, sino que construya en la unidad.

La derecha, por su parte, ha sido siempre mucho más patriótica en el periodo post-Transición. Es un hecho que no puede negarse. Pero ha cometido, a mi juicio, un grave error. No ha promovido un patriotismo cultural, sino que ha centrado sus mejores esfuerzos en la economía y la gestión dejando la defensa de la nación en manos de los jueces que, por cierto, han realizado brillantemente su tarea. Pero la nación –lo hemos apuntado y volveremos sobre ello- no se construye en los tribunales (o no solo), sino en las calles, en las salas de cine, en la literatura, en las manifestaciones, en el deporte, en las canciones, en los medios de comunicación, etc. Ahora bien, sucede que estos mundos suelen ser ajenos a la derecha liberal por lo que la cultura queda en manos de la izquierda que nunca promueve, salvo honrosas excepciones, un patriotismo inteligente, medido, orgulloso y alegre. Si el Partido Popular, y también Ciudadanos –aunque probablemente es más consciente de esta dimensión-, fueran capaces de comprender a fondo la relevancia de una promoción cultural activa de nuestros valores, símbolos y héroes, habríamos dado un paso de gigante en el fortalecimiento de nuestra identidad.

## **3. La recuperación del pasado**

La recuperación histórica del pasado debe ser, sin duda, uno de los proyectos decisivos para nuestro futuro. La sanación de la autoestima y la generación de esperanza debe comenzar por la asunción equilibrada de nuestra historia. Por la celebración de los logros y la asimilación tranquila de los fracasos. Aquí hay un trabajo enorme por hacer. Y una guerra, interna y externa, se libra en el terreno de la cultura. El ensayo es un ámbito decisivo. Julián Marías ha revisado muchos de los tópicos históricos que lastran nuestra autocomprensión en *La España inteligible*, como el concepto de Decadencia, que, sorprendentemente, se aplica a un país que dominaba medio mundo. Y lo mismo ha hecho Elvira Roca con *Imperiofobia* y *Leyenda Negra* y otros como Gustavo Bueno, pero aún hay mucho por hacer, aunque el panorama está mejorando<sup>10</sup>. Veámoslo.

La representación pictórica de la historia de España, más allá de las obras de Velázquez y Goya, cuenta con piezas espléndidas como la colección de cuadros históricos del Senado. Y al enriquecimiento de ese patrimonio está contribuyendo hoy en día el catalán Augusto Ferrer-Dalmau representando momentos clave de la historia militar española. En el terreno de la novela histórica también encontramos una situación bastante positiva gracias a una abundante producción de calidad que está permitiendo a muchos españoles reapropiarse de su historia desde una perspectiva constructiva y respetuosa. Parte de estos novelistas han constituido el grupo “Escritores con la historia” (con nombres tan relevantes como Santiago Posteguillo, Isabel San Sebastián, Juan Eslava, José Luis Corral, José Calvo) que, desde hace algunos años, están organizando conferencias sobre la Historia de España con un abrumador éxito de público. No sé si han estado en Cataluña, pero si no es así, Societat Civil debería invitarlos.

Frente a estas noticias alentadoras, el cine ofrece un panorama mucho más sombrío. Operan aquí, sin duda, los complejos antiespañoles de buena parte de la intelectualidad de izquierdas que es la que domina el ámbito cinematográfico. Porque la derecha -fuerza es reconocerlo- se ocupa poco de la cultura ya que no entiende ni su valor ni su relevancia en la constitución de las identidades. A lo mucho, como sucede con FAES, se apuesta por una meritoria defensa de las libertades, que no aborda, sin embargo, los procesos de socialización cultural. El resultado, por acción y por omisión, es que las películas o series valiosas sobre la historia de España se cuentan con los dedos de la mano, como, por ejemplo, la espléndida serie sobre Isabel. Hace poco, los dirigentes de VOX sugirieron hacer una película sobre Blas de Lezo, el insigne militar vasco que causó la mayor derrota naval de su historia al Imperio británico en Cartagena de Indias, un lugar de ensueño. Pero, ante esa interesante sugerencia, los cineastas españoles respondieron de muy malos modos. Parece que están más interesados en realizar series como la de *La peste*, donde la alegre y poderosa ciudad de Sevilla, en su época de plenitud, es reflejada a través de tan “atractivo” título; o *Conquistadores: adventum*, una buena iniciativa cinematográfica sobre los héroes españoles de la conquista de América en la que, lamentablemente, parecen ser cualquier cosa menos héroes.

---

<sup>10</sup> Otros autores, como José Luis Villacañas, mantienen que España como nación surgió en el siglo XIX, basándose en que el concepto moderno de nación data de ese momento. Pero, ¿no existía ya una identidad evidente de lo español en el siglo XVI, manifestada en hechos como: “El camino español” hacia Flandes, la fundación de La Nueva España, las afirmaciones patrióticas de Cervantes, etc.? Lógicamente, esta identidad no se concebía como en el siglo XIX (implicando, por ejemplo, una soberanía popular), pero, ¿permite esto negar la aparición de una identidad peculiar manifiesta para todos en el siglo XVI, la de los españoles? ¿No estarán detrás, de nuevo, los complejos identitarios?



#### **4. Promover la integración: lengua, símbolos, competencias**

Soy plenamente partidario del Estado de las autonomías, un sistema de gobierno que nos ha permitido alcanzar el mayor nivel de riqueza y bienestar social de la historia de España. Nuestras ciudades y nuestros monumentos, por poner un ejemplo, jamás han estado más limpios y mejor cuidados. Da gusto viajar por España, opinión que comparten los más de 80 millones de turistas que hacen de nuestro país la segunda potencia turística del mundo. Y parte importante de ese mérito procede de la descentralización. Hemos cuidado con esmero lo propio, lo de cada uno. Pero esta tendencia ha alcanzado su tope; es más, lo ha superado y resulta necesario invertirla: ahora toca centralizar o, si el término produce alergia, integrar o vertebrar. El término es lo de menos. El hecho, evidente, es que España se está desestructurando y hay que comenzar a caminar en la dirección contraria. Los centros de poder creados por la transición han generado pequeños reinos de Taifas que aspiran a seguir creciendo mediante nuevas competencias, siempre insuficientes. Y ese camino ya no podemos recorrerlo. España es ya, de hecho, un país federal, y estamos pagando las consecuencias. Se impone, por tanto, una necesaria marcha atrás, que no es ni debe considerarse un proceso negativo o reaccionario, sino positivo e integrador cuyo fruto debe ser el reforzamiento de la unidad sin la eliminación de la diversidad. *Una y diversa España*, usando el título de un libro de Laín Entralgo.

Esta marcha atrás, o hacia delante, según se mire, pues marchamos en esa nueva dirección asumiendo los logros del Estado de las Autonomías, es particularmente necesaria en el terreno de la educación. Si tomamos el caso catalán, particularmente sangrante, encontramos que al menos 3 generaciones han sido ya educadas en una mentalidad antiespañola basada en una historia-ficción de buenos: catalanes; y malos: castellanos y ni siquiera españoles, no se vaya a pensar que España existe. Sin llegar a esos extremos, una situación similar se está produciendo ahora en otras comunidades fomentado artificialmente nacionalismos larvados y localismos o particularismos. Y, sabiendo ya a donde conducen esos caminos, deben ponerse en marcha todas las iniciativas posibles para frenarlos, como está haciendo, por ejemplo, la plataforma “Hablamos español”.

Introducimos así uno de los elementos esenciales de este nuevo y necesario proceso de vertebración: la defensa y promoción del español en toda la geografía española. Del español y no del castellano, esta sería mi primera afirmación y mi primera propuesta. Considero que, hoy en día, es erróneo desde el punto de vista político -y probablemente también lingüístico, pero dejemos eso a la Real Academia- el uso de la expresión “castellano”. El castellano es el idioma de Castilla; el español es el idioma de España. El rubor que, en ocasiones, se hace presente en relación al uso del término “español” no es más que una manifestación de los problemas identitarios y de autoestima señalados anteriormente. Hablar de español supondría “atacar” a las demás lenguas españolas; intentar imponer una lengua a ciudadanos que no la hablan, etc. Pero toda esta pseudo-argumentación lingüística, en verdad, expone justo lo contrario de lo que sucede, que el español está siendo discriminado activamente por las lenguas locales.

El ciudadano español ha sido enormemente respetuoso con las otras lenguas españolas. Si olvidamos a Franco, que, como sabemos, murió hace cerca de 50 años, y pensamos a partir de la Transición, encontramos un exquisito respeto del Estado hacia esas lenguas, atestiguado por su actual nivel de difusión. Ahora bien, ese respeto no ha

sido recíproco. Las autoridades centrales respetan con delicadeza las diversas lenguas, pero estas observan un comportamiento muy diferente: agresivo, opresivo y excluyente. La “normalización” del catalán, como algunos intuimos hace tiempo, se ha convertido en una persecución del español con el objetivo ya no disimulado de eliminar el bilingüismo. Para los radicales independentistas, Cataluña solo tiene una lengua, el catalán. Y cuanto menos español (o castellano) se hable, mejor. Y para alcanzar este objetivo se siguen políticas precisas e implacables que caminan desde el victimismo que exige derechos para la propia lengua supuestamente humillada, a la imposición del bilingüismo en lugares donde no existe (véase el actual caso de Navarra), y, finalmente, la eliminación del español en la medida en que resulte posible. Las señales en las ciudades -de tráfico, nomenclatura de las calles, en las estaciones- son un buen ejemplo. ¡En cuantas ciudades y pueblos españoles se ha eliminado el español del nomenclátor callejero en favor exclusivo de la lengua local! Esto, simplemente, no debe permitirse. Hay que defender el bilingüismo real en aquellas zonas de España que son realmente bilingües. Visité hace algunos meses la casa natal de Azorín en Monóvar (Alicante). Y cual no fue mi sorpresa al constatar que las explicaciones relativas a la Institución en el exterior del edificio, pues estaba cerrado, estaban *solo y exclusivamente en valenciano*. ¿Se puede concebir una simpleza mental mayor? El exquisito prosista español Azorín explicado solo en valenciano. El desaguisado, con toda seguridad, no hay que asociarlo a la modélica gestión de la Casa-Museo Azorin, sino, supongo, a imposiciones del ayuntamiento de turno.

En cualquier caso, la moraleja es clara: los españoles tenemos que ser conscientes de que debemos defender el español en nuestra propia patria. Y tomar medidas en el asunto, comenzando, por ejemplo, por la defensa de los topónimos en español, que son una parte de la riqueza de nuestra lengua, y corren el riesgo de desaparecer si se usa exclusivamente la expresión en otra lengua, hecho que, por otra parte, es lingüísticamente erróneo. En español no decimos London, porque existe una expresión específicamente española: Londres ¿Por qué entonces hablar de Girona o de A Coruña?

Todo lo anterior no implica ninguna animadversión hacia las otras lenguas españolas. Todo lo contrario. Constituyen una riqueza que se debe cuidar y amar. Pero hoy en día, la realidad es que esas lenguas están traspasando, o queriendo traspasar, el umbral que las constituye como lenguas segundas y locales pretendiendo ponerse a la par del español. Y esto, simplemente, no es ni realista ni deseable porque nuestra nación se convertiría en un galimatías lingüístico que ya superamos en el siglo XVI. Lo que nos remite, de nuevo, al valor político de la expresión “español”, y no del “castellano”. Si establecemos una comparación entre el catalán, el gallego y el castellano, es fácil considerar, implícitamente, que estamos hablando de tres lenguas similares, solo que con diversa extensión. Pero esto no es cierto. El castellano, es decir, el español, se habla en Castilla. Y en Aragón, Asturias y Andalucía. Y en Galicia, el País Vasco y en Cataluña, porque es la lengua de toda España y, de ahí su nombre. Por eso, la comparación lingüística y políticamente adecuada es la que se realiza entre el español, el catalán y el gallego. Y entonces, las claves de la comparación, conscientes e inconscientes, cambian. Unas son lenguas locales: otra es la única lengua de todos los españoles<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> El ámbito de la integración recorre muchos otros niveles y sectores sociales y culturales que no da tiempo a abordar, como la policía, el ejército o la creación de símbolos.

## 5. El caso de Cataluña

Paso, por último, a la cuestión catalana. Algunas o muchas de las ideas apuntadas anteriormente son válidas para Cataluña, pero se trata de una situación peculiar que debe ser examinada aparte. Comenzaría señalando que no es una cuestión novedosa, lo que nos puede proporcionar algo de tranquilidad. Cayó en mis manos hace poco el conocido libro de Ramón y Cajal *El mundo visto a los 80 años*. Y, para mi sorpresa, allí aparecían retratados muchos de los males que ahora nos aquejan. El texto –después de relatar el patriotismo catalán en la guerra de Cuba– se asemeja, al comentar la situación en tiempos de la República, a una crónica de actualidad: “¡Pobre Madrid, la supuesta aborrecida sede del imperialismo castellano! ¡y pobre Castilla, la eterna abandonada por reyes y gobiernos! ¡Qué sarcasmo! Ella, despojada primeramente de sus libertades por el despotismo de Carlos V, ayudado por los vascos, sufre ahora la amargura de ver cómo las provincias más vivas, mimadas y privilegiadas por el Estado le echan en cara su centralismo avasallador”<sup>12</sup>. Y, en otro lugar, comenta respecto a Cataluña: “Descuellan los ultrajes a la sagrada bandera española; las manifestaciones francamente antifascistas, pero en realidad francamente separatistas con los consabidos mueras a España por nadie reprimidos; el cántico retador, aun en manifestaciones ajenas a la política de *Els segadors*; el hecho incuestionable de que son o fueron separatistas los gobernantes de la Generalitat y sobre todo la pérdida o progresiva tibieza de esa cordialidad de sentimientos fraternos, causa generadora de suspicacias y excesos pasionales con el menor pretexto”<sup>13</sup>.

No estamos, pues, ante un problema nuevo, aunque sí, probablemente, más radicalizado y grave, puesto que el porcentaje de catalanes que apoyan la opción independentista es mucho mayor. A mi juicio, la única solución real a este grave desafío *pasa por la cultura y solo por la cultura*. El 155 ha sido útil y necesario. Y nunca agradeceremos suficientemente al Rey de España el valor de haber hablado con claridad y decisión cuando la ocasión lo requería. No sabemos qué habría sucedido si el Rey no hubiera hablado. Pero lo hizo. Y España siempre se lo agradecerá. Pero una nación solo puede permanecer unida de modo fructuoso cuando se desea estar unido, cuando hay vínculos comunes y un futuro colectivo. Las leyes no sustituyen a la cultura: al contrario, son, en buena parte, su fruto y su resultado. Sin menospreciar la objetividad jurídica, imprescindible, es la cultura la que suele generar las leyes. Rara vez sucede lo contrario. Por ello, promover una cultura de la unidad es el gran reto que hay que abordar. ¿Cómo desplegar este futuro?

Señalaría, al menos, los siguientes pasos.

Resistencia y proscripción de la ingenuidad. Hay que comenzar tomando nota, con crudo realismo, que un sector de la sociedad catalana quiere el independentismo a toda costa, y no va a ceder ni un milímetro en esa dirección. Por tanto, la confrontación cultural y legislativa es inevitable. Es una lucha de poder. Y el que gane impondrá su ley al perdedor. Así es la vida. Los políticos independentistas criticarán cualquier decisión que tome el Tribunal Supremo sobre el “procés” que no sea la absolución, pero, si las tornas fueran las contrarias. Si Cataluña se hubiera independizado y un

---

<sup>12</sup> Santiago Ramón y Cajal, *El mundo visto a los 80 años. Impresiones de un arterioesclerótico*, Espasa-Calpe, Madrid 1960, pp. 114-115.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 116-17.

grupo de políticos hubiera dado un golpe de Estado para unirse de nuevo a España, su Tribunal de Justicia actuaría del mismo modo. Y sin ninguna vergüenza, como ahora ejercitan todo el poder que les concede el gobierno de la Generalitat para llevar a Cataluña hacia la independencia y la confrontación con el resto de España. En definitiva: hay una confrontación y una batalla. Que gane el mejor, pero sin esperar, ingenuamente, una rendición que nunca va a llegar.

Para librar esta batalla, lo primero que necesitan las huestes constitucionalistas son, lo que podríamos denominar, espacios de supervivencia o de vivencia. El poder autonómico está del lado del independentismo. Y el poder estatal solo se ejerce de manera débil y timorata. Por eso, los constitucionalistas se encuentran en desventaja y sometidos a mayor presión que los independentistas (al menos en algún aspecto, porque el tiempo corre a nuestro favor). En este contexto, Societat Civil Catalana puede y debe jugar un papel decisivo generando espacios de convivencia, físicos y culturales, que bombeen oxígeno constitucionalista a los catalanes que apuestan por España. Esos espacios pueden y deben ser muy variados: colecciones de libros sobre la realidad de Cataluña y de España; encuentros culturales como el que estamos realizando; locales constitucionalistas en los que se puede conversar y disfrutar de la vivencia de la españolidad: promoción de iniciativas que permitan visualizar el constitucionalismo, como ya se hizo con las grandes manifestaciones constitucionalistas; diseños de ropa atractivo; radios, periódicos y televisiones, etc. Tabarnia es un buen ejemplo de creatividad con su toque de sorna subversiva. Pero Tabarnia no existe y no va a existir, por lo que puede ser difícil mantenerla con vida. Ha sido y es, de todos modos, una iniciativa eficaz a la que deben sumarse muchas otras que creen un *humus* constitucionalista atractivo e inteligente que proporcione estímulo, esperanza, ideas y reposo a todos aquellos que trabajan con este objetivo.

También, y por último, hay que intentar convencer al contrario o al que duda. Existe un núcleo de independentistas irredentos que no van a dar un paso atrás, y están en su derecho. Pero la euforia independentista masiva es muy reciente, 10 años a lo sumo. Por eso, de la misma manera que ha crecido podría decaer, si se desarrolla un proyecto inteligente y se ejecuta con eficacia y profesionalidad, como ha hecho -hay que reconocerlo- el independentismo. Sin duda, uno de los pilares de este proyecto debe consistir en tender puentes entre Cataluña y el resto de España. Algunos de esos puentes solo podrán construirse a través de leyes; pero no podemos esperarlas y la cultura puede abrirse camino por sí sola. Ya vendrán las leyes cuando los porcentajes de voto cambien.

Los puentes pueden ser lugares, eventos, personas, símbolos. Quien conozca la cultura catalana mejor que yo estará en mejores condiciones de diseñarlos. Pero me permito hacer una propuesta: la promoción de los grandes catalanes que se han sentido plenamente identificados con España, como Dalí, de Figueras. O Antonio Gaudí, que dejó un espacio para una vidriera dedicada a España en la Sagrada Familia que todavía permanece vacío. O Antonio Mingote, natural de Sitges; o Monserrat Caballé. Si del presente nos vamos al pasado, encontraremos con facilidad momentos clave de la historia de España que han acontecido en Cataluña, como la primera recepción de los Reyes Católicos a Colón, acaecida en Barcelona, o la ruta que condujo al mismísimo Don Quijote a la Ciudad Condal. ¡Qué bonito sería celebrarlos! Y, si desde allí volvemos a la actualidad más reciente, nos topamos con la poderosa Rosalía, nacida en San Esteve de Sesroviras, orgullosa de cantar en español, y capaz de ganar, por primera vez para España, el MTV Video Music Award.

Yo no soy ni Isabel de Castilla ni Dalí ni Rosalía, pero soy Doctor por la Universidad de Barcelona, con lo que solo pretendo apuntar que la unión entre Cataluña y el resto de España es radical y muy profunda. Sus raíces se incrustan en la interioridad de millones de españoles. Y hay que mostrar, celebrar, exponer y difundir esa unidad, único modo o, por lo menos, uno de los modos de deconstruir las mentiras y la distorsión generada por el independentismo en torno a España (como el que gira en torno a la figura de Rafael Casanova). ¡Qué mejor modo de mostrar que la supuesta oposición entre España y Cataluña no es real y no responde a la historia, ni reciente ni pasada!

Los puentes, por supuesto, deberán tener en cuenta la *diversidad*. Cataluña tiene una identidad fuerte y una hermosa lengua, que es solo una parte de su riquísimo patrimonio cultural. Nadie pretende ni eliminarla ni debilitarla como el independentismo afirma con falsedad. Pero la diversidad no tiene por qué ser un obstáculo para la unidad. Cataluña no es más distinta de Andalucía que Hawai de Alaska. El problema, por tanto, no es la diversidad, sino el deseo de vivir en unidad. Ese deseo se ha debilitado en un número importante de catalanes, pero no en la mayoría. La tarea pendiente y decisiva requiere vivificarlo, rehabilitarlo, promoverlo y disfrutarlo mostrando que así se camina en una dirección comenzada, como mínimo, hace 500 años y que, sin duda, es la mejor tanto para Cataluña como para toda España.